

Miguel Arteche: Flamante Premio Nacional de Literatura

Veo a Miguel Arteche muy sentado en un banco de la plaza de Los Angeles, la ciudad de su infancia y su adolescencia, escribiendo un poema a la sombra de los árboles en flor una tarde de un lejano mes de octubre: «Tilos que mueven tardes en la plaza/ donde te espera un niño del pasado». Aunque nace en Nueva Imperial en (1926), en plena región de La Araucanía, el poeta se me revela ahí, en ese tiempo y en esa memoria con toda la fragancia de unos tilos de la ciudad natal.

Ese niño del pasado es el mismo Miguel Arteche honrado ahora buenamente con el Premio Nacional de Literatura de 1996, en el año justo que cumple sus cabales 70 años. Es decir, mérito y reconocimiento a la obra de un autor que ha dedicado una vida al oficio vocacional y creativo de la poesía. No ha de extrañar el galardón, en gloria y majestad, para un poeta que ya había adquirido categoría de «grande» en la poesía chilena desde sus libros primeros.

«Lo seguro es que Arteche establecerá un mundo poético, ya muy bien basado y delineado, en el que crecerán y vivirán otros poetas. O sea, hará escuela, será poeta fundador».
(Hugo Montes).

Autor de un considerable registro de obras poéticas cuyos títulos andan en los olvidos y las ausencias, las soledades y los destierros, las noches y las tinieblas.

Y, sin embargo, tan iluminados de llama viva en su escritura y tan reveladores del proclama («En la tarde nos examinarán en el amor») en el tratamiento gozoso de sus temas; de lo cotidiano-familiar de una taza de café o de una bicicleta abandonada en la lluvia a lo religioso-cristiano litúrgico de un soneto a Cristo («si somos sólo un hombre/ los dos en este viernes de tu nada»).

Cuando ha llegado a los 18 años -muchacho pálido y tímido- escribe sus primeros versos que guarda secretamente en cuadernos. No quiere revelar a nadie esta piedra radiactiva que puede estallar en rayos. Más que poeta, quiere ser maestro de ajedrez. Un saber mover las piezas en un tablero -pagina de escritura y perfección. Un llegar, sin atarantamiento, al poema plenamente logrado en lo de ritual y de lo visionario de su verso en lo de letanía mariana de sus invocaciones y apocalipsis.

Será precisamente una antología (Poetas españoles contemporáneos) de Roque Esteban Scarpa lo que le abre los ojos: «Uno de los goces que produce la poesía es que en ella vemos las cosas como si fuera por primera vez. El

Publicamos una semblanza de Miguel Arteche, flamante Premio Nacional de Literatura 1996. El galardón es un justo reconocimiento a la obra de un autor que vivió su adolescencia en Los Angeles y que ha dedicado su vida a la poesía.

Jaime Quezada autor de este artículo-publicado en el diario El Mercurio el día 8 de septiembre- sobre el poeta Arteche es hijo también de esta ciudad, destacado poeta angelino, reconocido por su obra a nivel nacional.

Nos enorgullecemos pues de ellos, dos grandes de la literatura chilena.

poeta ha sido capaz de hacernosla ver súbitamente en la prosa o en el verso. Como si hubiera surgido desde el primer día de la Creación». Los poemas de Lorca, de Alberti, de Cernuda fueron el detonante «para algo que yo llevaba escondido y que ni siquiera conocía. Me abrió a la poesía». De manera irremediable y resuelta cae en esas páginas antológicas y ya no podrá recuperarse de tan buena enfermedad de lectura y poesía.

Desde su infancia su ansiedad de lecturas la calmaba

y entro a mi escritorio, sobre cuyo techo de metal golpea con cólera. Y entonces es cuando mejor escribo». Recuerdese su mítico y magistral poema «El agua», con sus medianoches y navegaciones.

Apenas llega a su calidad de ciudadano mayor publica «La invitación al olvido» (1947), su primer libro. Tiene 21 años, y ya será para siempre un solitario mirando hacia la ausencia. Es decir, puro poeta puro. Tiene una incontenible necesidad de expresarse. Cree que es el primero en decirlo todo. Piensa

Y siente, en cambio que en Gabriela Mistral, hay algo duro, seco, tajante, «que me atrae, sin que sepa por qué me atrae». Es el tiempo que anda recayendo en Cernuda, como más tarde en un libro de Thomas Wolfe («Del tiempo y el río») que lo llevará del drama del nacer y del morir entre penumbras y permanencias.

Luego vendrán otros libros: «El sur dormido» (1950), «Cantata del desterrado» (1951). Lo aplauden y lo elogian, pero le dicen que se morirá de hambre.

cotidianas: «un restaurante, un comedor abandonado, una bicicleta, una cuna una ciudad, un anciano, un niño, un viaje, Cristo, la Virgen, un aeropuerto, un epiléptico, un perro, un olmo, un joven torturado, etc. Siempre he partido de situaciones muy concretas que, apenas planteadas en el primer verso, pasan de inmediato a otro plano -un plano mítico-, y de éste a otro».

Del sur dormido viaja por España en becas y vagancia. En la tierra de sus antepasados se reconoce en las calles, en

vivirán otros poetas. O sea hará escuela será poeta fundador».

En julio de 1964, Miguel Arteche se incorpora a la Academia Chilena de la Lengua con un sorprendente discurso leído en el Salón de Honor de la Universidad de Chile. Un público meditabundo y concentrado en la epifánica ceremonia. No volaba un ángel. El poeta habla de las «fugas» del hombre moderno. Recuerde que décadas antes, en el mismo Salón universitario, Braulio Arenas despojó, a viva fuerza, el discurso-conferencia que Neruda leía en ocasión solemne. La múltiples cuartillas fueron lanzadas al aire y cayeron sobre los sorprendidos asistentes, como lluvia de papeles nerudianos.

Con el discurso del poeta Arteche me hubiese gustado haber hecho lo mismo, no en un insólito acto surrealista o mandragórico, sino para releer oracionalmente, una y otra vez, la academia y prosística pieza:

«¡Hemos perdido el silencio. El hombre de nuestros días ya no sabe estar en silencio. Y he aquí, entonces, que se producen las fugas. El hombre sale del planeta y se prepara a iniciar la conquista de su satélite y de los otros puntos avanzados del sistema solar: quiere desaparecer en el espacio cósmico, o buscar algo que se le ha perdido, o iniciar el duelo prometeico con la divinidad».

Es, después de todo, el hombre y su palabra poética lo que importan fundamentalmente a Miguel Arteche. No sólo en el oficio y arte de su escritura, sino también en una siempre desafiante toma de conciencia y de conducta en torno de la palabra en el poema. Esta autoconciencia artística perfila con nitidez la situación de Arteche en la literatura chilena. «Le confiere un dejo de seriedad un sentido de responsabilidad y de no improvisación, una suerte de poeta con trastienda de razonamiento y hasta filosófica, resultantemente infrecuente en Chile» (Hugo Montes).

El mismísimo Arteche, hablando de su propia creación poética, expresa estas palabras: «Yo siempre he escrito cuando la memoria (que es, como se sabe, la madre de las Musas) y la emoción me empujaban literalmente a la hoja en blanco; pero entonces he sentido que el tiempo y el espacio no existe, que estoy en un tiempo mítico, en un eterno presente y que es el tiempo en que vive el niño. Salir una vez terminado el poema de ese tiempo mítico es como emerger de un infinito océano».

Si la poesía es la emoción recordada en tranquilidad (Wordsworth), no cabe duda que la obra de Miguel Arteche tiene en esa emoción su pleno maravillamiento, pues todo el proceso de vivir -dice el poeta- no es sino una maravilla y toda la tierra un milagro».



Miguel Arteche

en la amplia y luminosa biblioteca de un tío cura («que gozaba lo mismo con Dante que con Tarzán») en la misma ciudad de Los Angeles. Entra al reino de las más variadas páginas de la literatura del mundo. Se familiariza con Homero con Virgilio, con las aventuras de Buffalo Bill. La Biblia ilustrada por Doré es su santo y seña. Y a los siete años leyendo -¡nada menos!- que «Las flores del mal», de Baudelaire.

Entonces no pensaba todavía ser poeta, pero imágenes varias van quedando en su memoria. Desde un saber decirle las verdes a un lucero del alba, a la lluvia como elemento vivencial. La lluvia entra así en su Poesía no como una anécdota que para ser contada, sino como un símbolo de que el mundo sólo podrá purificarse con ella y que sólo con ella uno se purifica. El poeta Arteche cuenta: «Cuando en Santiago llueve, salgo al jardín de mi casa. Me gusta pasearme bajo la lluvia, recorro mis dominios solitario,

que ha de escribir lo que nunca antes nadie había escrito. Desafíos y más desafíos de un poeta adolescente. Con el paso del tiempo, Miguel Arteche mirará reflexivamente esta etapa desafiante de su vida: «el joven debe saber, si quiere seguir siendo poeta, que eso es lo único que hará bien en su vida. Y que la poesía no produce dinero, ni da, por lo menos al comienzo, estatus social».

Ni irreverente ni iconoclasta, a no ser en su lenguaje, a veces resuelto e irónico, con ciertas inclinaciones al humor negro (antecede cercano a la llamada Generación del Cincuenta). Aún así, crece y tiene altura en medio de la emoción y la sombra que sobre él proyecta un Neruda, una Gabriela Mistral, un Huidobro. Tiene el panorama muy claro: de ninguna manera le satisface el primero (aunque sufre el impacto «de náusea» de «Residencia en la tierra»). No acepta el juego decorativo del tercero (aunque admira sus últimos poemas).

Aprende que la experiencia poética no depende del tiempo cronológico, sino de la intensidad con que el poeta haya fundido fragmentos dispersos que rondan por su memoria cuando se dispone a escribir. Así nacerán «Solitario, mira hacia la ausencia» (1953)- «Otro continente» (1957); «Destierros y tinieblas» (1963); «De la ausencia a la noche» (1965).

Si la poesía es la emoción recordada en tranquilidad (Wordsworth), no cabe duda que la obra de Miguel Arteche tiene en esa emoción su pleno maravillamiento.

En todos y cada uno de estos libros, sus logrados poemas (piedras radiactivas) nacen de situaciones muy concretas, muy reales, a veces

la gente, en los olores. Espíritu y sentido surgen a borbotones: «Siento que en algún lugar de mi sangre yo estuve siempre aquí. Yo soy de aquí, pienso. Aquí debí nacer, pero la nostalgia de Chile me divide en dos como allá en Chile me dividía la nostalgia de España, Y absorbo y miro, y escucho y leo, y viajo por toda España». De ese andar y ese vagar nacen sus varios libros.

Miguel Arteche ha escrito muchas veces estas cosas. También me las ha contado en tantas jornadas de lectura, diálogos y conversaciones. Y no hace mucho en Lima, en cuya universidad el público peruano lo aplaudió con ¡vivas! en un recital memorable. Ahí quedó en evidencia su sobrio magisterio y la revelación levítica de su intensa poesía: singular, original, distinta. ¿No decía Hugo Montes, hace algunos años, en la Universidad Austral de Valdivia: «Lo seguro es que Arteche establecerá un mundo poético, ya muy bien basado y delineado, en el que crecerán y